

Martes V de Pascua



30 de abril de 2024

Hech 14, 19-28

Sal 144

Jn 14, 27-31

P. Eduardo Suanzes, msps

Seguimos en el discurso de la despedida de Jesús... Si se acuerdan, antes, cuando se escribían cartas y no correos electrónicos, como hacemos ahora, comenzábamos con un saludo. Luego, continuábamos con comentarios intrascendentales: « ¿cómo van las cosas por allí?...Pues fíjate que por aquí...», etc. Pero siempre dejábamos para el final de la carta lo más importante, el motivo real de haber escrito esa carta. Y luego, nos despedíamos.

Parece que Jesús está dejando para el final asuntos de mucha enjundia que nos afectan profundamente.

Repasemos lo que hemos visto hasta ahora.

- El frío hielo de la noche se ha apoderado del corazón de sus discípulos cuando Pedro le dijo a Jesús, al comentar este que se iba a un lugar que todavía ellos no podían ir, que le seguiría hasta la muerte. Jesús le dijo que no solo no le seguiría, sino que lo abandonarían y lo negarían.
- Jesús se da cuenta de que con esta respuesta, la noche ha entrado en el corazón de los discípulos. Como están angustiados les dice que no pierdan la paz, que se calmen; que Él se va pero para prepararles un lugar, que no les va a dejar solos,
- Que el camino para llegar a ese lugar ya lo saben: es Él mismo, porque él es el camino, la verdad y la vida. Lo que necesitan es guardar su palabra y amarle; amarle y guardar su palabra, da igual cómo lo entiendan.
- Que ese lugar es, en realidad, el fondo de su corazón: que el Padre vendrá a tomar esa morada y que Jesús se manifestará en él. Que el Monte Santo de la nueva Alianza ahora es el corazón del hombre, que es ahí donde habita Dios.
- Que ahora no lo comprenden, pero que el Espíritu Santo les enseñará todo y les guiará a la verdad completa. El Espíritu Santo ahora es el fuego devorador del nuevo Monte Santo de la Nueva Alianza...

Hoy continua Jesús diciendo que la paz que él da es la suya propia. No es, ni con mucho, el concepto de nuestra “paz” occidental; ni tampoco la del riquísimo significado del “shalom” hebreo: es muchísimo más. Es una paz que no nace del corazón del discípulo, sino que nace del Corazón de Jesús y que desde allí, desde ese santuario santísimo, se regala al corazón del creyente.

Y uno se pregunta: ¿cuál es esa paz de Jesús? ¿De dónde nace? ¿Cómo es que Jesús la vive? Y no podemos más que hacer referencia al Padre, porque ese era el alimento de Jesús: hacer la voluntad de su Padre. Jesús se vivía en Su paz, porque se vivía en Su Padre, por el Padre, desde el Padre, y con el Padre. Se sabía en todo momento envuelto por él y su misericordia,

de la que era su Rostro; por eso podía decir a Felipe que quien le veía a él veía a su Padre. La experiencia del Padre como Abbá es quizá la proclamación más fundamental de todo su mensaje y de su propia vida.

El Abbá del que habla Jesús es, fundamentalmente, Amor. Es un amor fluyente, es decir, que nunca es estático (si se parara no sería amor). Y ese amor que Dios es, fluye constantemente de un modo indiscriminado, hacia todo y hacia todos; es un amor que lo impregna todo, hasta el punto de que nada puede quedar fuera de ese amor que Dios es.

Otra cosa es que el hombre sea consciente o no de esa pertenencia en la que está sumergido. Por eso dice Jesús que esa paz la podemos perder si nos acobardamos, es decir, si abrimos nuestra puerta al miedo de la noche que llama en cualquier circunstancia de nuestra vida.

Fijémonos en la Primera Lectura, con Pablo y Bernabé. Pablo es apaleado y apedreado en Listra: tirado a fuera de la ciudad y dado por muerto de semejante paliza que había sufrido. Al cabo de un rato, se levanta y vuelve a entrar en la ciudad. Al día siguiente salió para Derbe, no muy lejos: predicó y convirtió a muchos. Pero..., ¡vuelve de nuevo a Listra!, donde casi lo matan. Nosotros seguro que habríamos dado un rodeo. Pablo vive sumergido en la paz de Jesús, no en la suya, sino en la de Jesús que procede del Padre. Él no se acobardó, supo arrostrar la Cruz, que es lo que Jesús, al final del relato de hoy les dice a los suyos. La cruz se afronta y se abraza desde la paz de Jesús. Por eso, en el Evangelio, Jesús dice que ir al Padre, aunque sea a través de la muerte, no es una tragedia, puesto que su muerte va a ser la manifestación suprema del amor de su Abbá.

A nosotros, a cada uno en nuestra situación, la que sea, la palabra de hoy nos invita a vivir sumergidos en esa paz de Jesús: no en la que nosotros nos imaginamos, la que calculamos. Acordémonos de la sublime parábola del hijo pródigo donde Jesús nos quiere presentar cómo es su Abbá: La marcha del hijo menor a vivir su paz, a «vivir su vida» le conduce al fracaso. Instalado en un mundo imaginario y mental, piensa en su autosuficiencia lejos del ámbito de su padre, pero tal autosuficiencia se derrumba, porque la paz del mundo es pasajera y superficial. Su mente le ha hecho vivir en una realidad que no es la realidad, y, por ello, se muestra como conducente a la alienación, a la muerte. Sólo tomando conciencia de **su ser en el padre**, el hijo **podrá volver a «ser»**.

No pensemos necesariamente en situaciones de pecado. Lo que Jesús presenta es que el hijo se va fuera del ámbito del padre a vivir su paz, como la da el mundo. La suya, no es como la da el mundo: no es superficial y pasajera; es total y profunda. El amor del Abbá no tiene ojos calculadores, no lleva contabilidad: ese amor sólo puede ser amor, y no puede darse en fracciones, sino plenamente. Quienes «piensan» lo contrario, se equivocan.

Vivámonos en nuestra situación personal desde ahí. No perdamos esa paz que Jesús da: arrostremos la Cruz sabiéndonos en las manos del Abbá que es todo misericordia.